



El rey que no podía dejar de estornudar

ROBERTO MALO Y FCO. JAVIER MATEOS

Ilustraciones de Blanca Bk



edebé



El rey que no podía dejar de estornudar



Roberto Malo y Fco. Javier Mateos

El rey que no podía dejar de estornudar

Ilustraciones: Blanca Bk



© Roberto Malo y Fco. Javier Mateos, 2014
© *Ilustraciones*: Blanca Bk, 2014

© Ed. Cast.: edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de Literatura infantil: Elena Valencia
Diseño de las cubiertas: César Farrés

Primera edición, septiembre 2014

ISBN 978-84-683-1280-4
Depósito Legal: B.13807-2014
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Sergio, Paz y Paco.

Roberto Malo y Fco. Javier Mateos

*A mi padre, por su creatividad y su
imaginación desbordante.*

Blanca Bk



Nuestra historia empieza en un lejano reino donde vivía un rey que era muy feliz.

Pero un buen día, sin más ni más, comenzó a estornudar.

Estaba en el salón del trono haciendo como que resolvía asuntos de Estado cuando de repente...

—Mire, majestad —dijo el primer ministro con tono solemne—, he pensado que...

—¡Atchuá! —le interrumpió el rey.

—Salud, majestad —acertó a decir educadamente el primer ministro.



—¡¡¡Aaaaatchíis!!! —continuó el rey.
—¡Menudo estornudo, majestad! —exclamó sorprendido el primer ministro.
—¡¡¡Aaaaatchuáaaa! —prosiguió el rey mucho más fuerte que antes.
—Majestad... —dijo el primer ministro, ya bastante preocupado—, creo que debería mirarse esos estornudos.
—¡Quite, quite! —restó importancia el rey, reponiéndose mientras se sorbía los mocos—. Será un poco de... ¡¡¡AAAAT-CHUÁAAA!! ! —tronó.
Y esta vez se le cayó hasta la corona.
—Majestad, me está preocupando. ¿Quiere que llame al médico real?
—¡No! —exclamó el rey, humillado—. Ya se me pasará.
Pero no se le pasó... y fue a peor.
Cada vez los estornudos eran mucho





más fuertes y el rey no se podía controlar de ninguna manera.

Se le caía tanto la corona que tenía que llevarla atada a la barbilla con una cuerda.

En la visita de la reina del país vecino, le estornudó en la cara y la puso perdida de mocos provocando un incidente diplomático.

Estornudaba a todas horas y tan fuerte que nadie en la corte podía pegar ojo...

El primer ministro, muy preocupado, mandó llamar a palacio a todos los médicos y sabios ilustres del reino.

Los médicos examinaron al rey. Pero no pudieron encontrar ninguna cura.

Luego, los sabios ilustres del reino lo inspeccionaron con lupa; pero, como todos eran muy orgullosos, no hablaron entre ellos (para no darse ideas y quitarse



méritos), y concluyeron que no tenían ni idea de lo que le ocurría al rey.

—¡Esto pasa por trabajar con malos funcionarios! —comentaba airado el primer ministro.

Y el rey seguía estornudando.

—¡Convocaré un gran premio! —dijo de pronto el primer ministro—. Daré un enorme saco lleno de monedas de oro a aquella persona que resuelva el problema real.

Y así, en todos los pueblos y ciudades del reino, en las plazas, los parques, los bingos y los bares, se proclamó el bando: se entregaría un enorme saco lleno de monedas de oro, libre de impuestos, a aquella persona que lograra que el rey dejara de estornudar.

Lo escuchó un joven campesino en el



mercado y, al volver a casa, lo comentó con su anciana madre mientras cenaban.

—Madre, he pensado que tal vez yo podría lograr la cura para el rey —dijo convencido.

—Eso estaría muy bien, hijo mío —asintió su madre—. Pero ¿cómo vas a poder conseguir tú lo que los sabios reales no han logrado?

—El abuelo siempre hablaba de un Hombre Verde que vivía en un bosque enorme y que tenía remedios para casi todos los males.





—¿Y dónde vas a encontrar un bosque enorme en el reino? —preguntó su madre.

—En el reino no, pero recuerdo que el abuelo, cuando soñaba en voz alta, mencionaba que existía un bosque inmenso en los confines del mundo, con fama de estar encantado.

—¿El Bosque Encantado?

—Sí. Allí iré. Al encuentro del Hombre Verde.

